

**A VUELTAS POR CASTILLA**

# El Toboso

Es muy poco lo que se sabe del aspecto urbanístico del Toboso en el siglo XVI, tiempo casi mitológico en el que lo conoció Cervantes, si bien es fácil imaginarlo como el que debió corresponder a una ciudadela castellana habitada por honestos labradores y por impenitentes hidalgos, valiéndose de los datos que se desprenden de El Quijote, y del conocimiento sociológico de la época, condicionado por el lugar de su emplazamiento y por la característica climatología de la Mancha. No ocurre así con la noticia documental de esta villa referente ahora a una centena de años atrás, pues sabido es que el maestro Azorín dedica un par de capítulos de su obra "La Ruta de don Quijote" a contarlo con meticulosidad, con la palabra justa, milimétrica, de su prosa. Nos habla el autor de un pueblo dañado por el desinterés, decrepito y ruinoso, sin movimiento apenas en su condición de estrella de la Mancha.

Muy lejos queda el pueblo hoy, por fortuna, de aquella visión lóbrega que nos dejó Azorín. El Toboso, a finales ahora del milenio, es un pueblo limpio, aseado mimosamente, que ha vuelto a levantar con el empeño por delante de sus vecinos la enseña de los viejos señoríos, de los años de hidalguía, que como en ningún otro lugar o circunstancia, se advierte sin esfuerzo alguno al andar por sus calles.

He recorrido -con menos tiempo del que fuera menester para conocerlas a fondo- muchas de las calles y algunas de las plazas más representativas del Toboso. El pueblo extiende, sobre el mantel sin final de los campos manchegos, más de doce kilómetros de calles en las que uno descubre a cada paso el remoto encantamiento de lo que pudo ser en un tiempo para nosotros tan lejano.

A El Toboso, como casi a toda Castilla, lo han ido haciendo los hombres, el paisaje y la literatura. Para cualquier autor resulta comprometido escribir sobre las tierras manchegas, y muy en particular acerca de este retazo de llanura sin fin sobre el que hemos dado en pisar después de un largo viaje. Los ojos del cuerpo, apenas llegar, han sentido el impac-

*"Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas que se me ofrecen, pudiera ser que en algún rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asenderados."*

to fortísimo, casi cegador, de los encalados, muchos de ellos centenarios, sobre los muros de cualquier rincón o de cualquier callejuela; los ojos del alma, se empañan de místicos pudores pensando a cada paso que sobre el mismo empedrado, y con la mirada puesta tal vez en idénticos horizontes, posó sus plantas alguna vez el padre y señor de nuestro idioma,

simpar Dulcinea ante cuya imagen de labradora aparece postrado de hinojos.

La Plaza Mayor se abre a partir de aquí en cuatro, en seis bocacalles diferentes, una en cada dirección. En algunas de las esquinas se ven escritas, con oscuros caracteres metálicos asidos a la pared, escogidas frases de "El Quijote".

Por la calle que rotula-

la queda el convento de Clarisas, uno de los dos -el otro será el de Trinitarias- que compiten a la hora de manifestar, con la línea severa de sus fachadas, el fervor de siglos y la religiosidad de las gentes de la villa.

Las calles del Toboso, en cualquier dirección y a cualquier hora del día, ofrecen al visitante la imagen que por aquellos lugares esperaba y



ma, ídolo y mito a perpetuidad de escritores y de gentes de la Mancha.

Estoy en el centro de la Plaza Mayor bajo un sol de justicia. Las piedras labradas de la monumental iglesia de San Antonio Abad se ordenan delante de nosotros, dando lugar a un espectáculo indecible de silliería que deslumbra. Las sombras bajan en perpendicular sobre el pavimento de la plaza. En ángulo con la iglesia alinea sus formas y sus ventanales el remozado edificio del Ayuntamiento. Discretamente alejados del centro de la plaza se contemplan, frente a frente sobre sus peanas de granito pulido, las siluetas en hierro forjado de don Alonso Quijano y de Aldonza Lorenzo, la

ron como de Ana Zarco, se baja enseguida a la Casa de Dulcinea, una antigua mansión reconstruida que ahora dedican a guardería y a exposición de recuerdos, enseres, aperos e instrumental de labranza muy al uso de la Mancha campesina de los últimos cuatro siglos. No lejos se llega, casi por sorpresa, al recoleto paraíso que llaman Plaza de Don Federico, con el busto en bronce como fondo, pensativo el semblante, del ilustre académico don Federico García Sanchiz, tan ligado en su vida, y más aún en su muerte, al pueblo del Toboso. "España fue su Dulcinea" se lee escrito con letras de molde sobre la piedra al lado de su estatua de bronce. En un ala de esta sombría y romántica plazue-

deseaba encontrar. Riqueza y variedad en rejería que contrasta con el blanco encendido de las paredes; portadas a mitad de camino que lucen sobre la piedra labrada de sus dinteles, bien visible, la fecha de su construcción allá por los años centrales del siglo XVI, con el sello acreditativo de un blasón a la sombra del alero; arcos a cuyo través se deja ver la maravilla de una calle recta, luminosa, infinita. Como fondo a estas largas rutas toboseñas no se vislumbran en la lejanía las aspas de los molinos manchegos, sencillamente porque jamás se contó en sus alrededores con el altísimo oportuno donde colocarlos.

Andando a través de ellas, uno se da cuenta de que las calles del Toboso se

enmarcan con viviendas de altura comedida; con casonas y palacetes uniformes de una o dos plantas tan sólo. Este, como casi todos los pueblos de la Mancha, prefiere crecer en superficie, que para eso la tienen llana y abundante a lo largo y a lo ancho, y no en altura. Solamente el campanario de la iglesia rompe la norma. Las calles del Toboso se llaman de Dulcinea, de Ramón y Cajal, de Miguel de Cervantes, calle del Arco, de Los Bancos... En la calle de los Bancos queda la Sociedad Dulcinea Humanitaria, un casino antiguo con una sala espaciosa, elegante, evocadora, donde los lugareños de más edad emplean sus horas de ocio jugándose la consumición al truco, al dominó, al tute por parejas o hablando por hablar de las gracias y desgracias de los viñedos.

En el Parque Municipal tiene la villa su verdadero refrigerio. A falta de otro sitio mejor en donde colocarlo, el pueblo plantó de modo testimonial su propio molino de viento en un ángulo del parque. Con la fuente surtidor que lo engalana y los bien cuidados arbustos del jardín a la sombra de la arboleda, el Parque Municipal es todo un lujo que enriquece no poco el ambiente, monótono de por sí, de los pueblos manchegos.

A distancia ya, no sólo en el espacio sino también en el tiempo, uno echa en falta sus horas del Toboso. Por fortuna he podido contemplar con los ojos y con el corazón encendidos, una puesta de sol en tarde calinosa desde el solitario ventanal del Centro Cervantino -aquel museo con la más completa colección de Quijotes que existe-. Con los tejados de las casas desparrramados en graciosa anarquía por debajo de nosotros, casi al alcance de la mano; con la luz cárdena del crepúsculo apagando la tarde allá por los horizontes sin fin; con el pueblo en místico recogimiento, a punto para recibir a la noche... uno comprendió e hizo suya la locura de don Quijote, y en algún momento deseó tirarse a la aventura por los cielos manchegos como desfacedor de entuertos a lomos de un Rocinante etéreo, rondador y sentimental, volando sobre la inmensa plataforma de los campos del Toboso.

José Serrano Belinchón